



✝
¡Viva Jesús!

Newman house, 4 de julio de 2026,
Nuestra Señora, Refugio de pecadores.

Queridos amigos,

En estos días de división y confusión en el interior de la Iglesia —crisis protagonizada desde frentes muy diversos—, oremos al Señor que prometió: “los poderes del infierno no prevalecerán” (Mt. 16, 18).

Les animamos para que nuestra respuesta sea una oración continua e insistente., acompañando la plegaria con nuestros esfuerzos, vencimientos y sacrificios por la santa madre Iglesia, y por el Santo Padre el Papa León, “el dulce Cristo en la tierra”, como lo llamaba Santa Catalina, para que en torno a un solo pastor formemos, en Cristo, un solo pueblo unido en la verdad y la caridad: *in Illo uno unum* (San Agustín, *Exp. sobre el salmo 127*).

Queridísimos, el Señor no necesita de nadie para salvar su Iglesia. Somos nosotros los que necesitamos la Iglesia para salvarnos. En su benevolencia ha querido contar con nosotros, hacer que sus planes dependan, en cierta medida, de nuestra libre cooperación, de nuestra respuesta a las mociones de su Espíritu Paráclito, y “que cada uno sea en su propio lugar tan importante como

un arcángel lo es en el suyo”, como dice san John Henry (cf. *Meditaciones y devociones*, III, I, 2, 2: 7 de marzo). Pero no porque seamos indispensables o insustituibles, sino porque su amor nos toma en serio: no por ser grande te escogí, al contrario eres el más pequeño de los pueblos, dice el Señor a Israel en el Antiguo Testamento y nos lo recuerda hoy también a nosotros, te elegí porque te amo (Cf. Dt. 7,7, ss).

“A ustedes los llamo amigos... ustedes son mis amigos” (cf. Jn. 15,15, ss). Esta es la grandiosa noticia del cristianismo, la buena nueva. Muchas veces nos sentimos siervos inútiles y, por supuesto lo somos, y, sin embargo, el Señor nos dirige estas maravillosas palabras, nos da su amistad, su amor hasta el extremo, hasta dar la vida. ¿Y nosotros cómo respondemos?

En estos momentos de perplejidad para tantas personas buenas y devotas, y de obstinación para otras, en que los ánimos se exasperan y se traspasan límites que deberían permanecer siempre infranqueables, tengamos la valentía de permanecer sencillamente fieles, pidiendo al Espíritu nos convierta en almas vivas y vivificantes del Cuerpo místico de Cristo, “almas raíz”, ocultas pero que dan vida. Pues separados de la vida nada podemos hacer (cf. Jn 15, 1-17), pero cuándo es Él el que nos da fuerza, todo lo podemos (Cf. Fil. 4, 13). En efecto, «el hombre con Dios es como Dios; el hombre sin Dios es grandísimo tonto y loco» (san Juan de Ávila, Carta 2).

Estimados amigos, no puede haber oposición entre la acción carismática —lo que Dios pide a una persona o grupo— inspirada por el Espíritu Santo y la acción jerárquica —el Papa y los obispos en comunión con él— mediante la cual ese mismo Espíritu gobierna, enseña, sostiene y santifica a su Iglesia. A la hora de tomar posición conviene mucho tener presente aquella máxima de los Padres del desierto: «el diablo puede imitar todo lo que concierne al ayuno, porque él no come, y todo lo que concierne a la vigilia porque nunca duerme. Pero nunca podrá imitar la humildad y la caridad» (colección sistemática de los padres griegos, XVII, 32). La renuncia al propio yo ofrecida a Cristo —que en la práctica consiste en poner en tela de juicio los propios deseos y criterios mediante la obediencia humilde a la autoridad legítima— constituye la piedra de toque del Espíritu de Dios en el hombre, y la condición indispensable del verdadero compromiso a favor del evangelio. La humildad es, en efecto, como enseña san Agustín “el núcleo del misterio de Cristo”.

Ante la gravedad de las crisis de la Iglesia, es comprensible que muchos se pregunten si vale la pena permanecer en ella, y, en caso afirmativo, también qué podemos y qué debemos hacer. La Iglesia, siempre santa y, al mismo tiempo, tan necesitada de renovación, sabe que toda reforma ha de consistir siempre en vivir una fidelidad mayor a sus orígenes. La fuente de la que emana todo en ella es y será siempre la fuerza inerme del Crucificado. Gracias a ese río de gracia la existencia cristiana puede estar plasmada y guiada por la fe: gozar de la fuerza y exuberancia de los inicios y, al mismo tiempo, situarse en los límites de su irradiación: ser, antes que una comunidad estática y cerrada en sí misma, una fuerza dinámica y apostólica, dotada del gran don de la unidad; estar muy cerca del Señor crucificado y de los hombres, por quienes él soportó la miseria y el abandono, hasta identificarse con ellos (Cf. Balthasar, *¿Por qué soy todavía cristiano?*, p. 14, ss).

No aporta nada a la vida y misión de la Iglesia la actitud de quienes venden lo específicamente cristiano a precio rebajado, con la ilusión de encontrar así más compradores; sin ser conscientes de que en la operación no sólo han rebajado el precio, sino que lo han dejado sin ningún valor. Tienen que volver la mirada al evangelio, que no exige solo alguna cosa de sus seguidores, sino que lo den todo (Cf. *Íb.*, p. 65).

Pero tampoco aquellos que conciben el tesoro de la fe como una serie de piezas de museo, y a la tradición como un conjunto de piedras preciosas que deben ser custodiadas en un baúl, al que solo tendría acceso una pequeña élite privilegiada. Mientras que para el común solo sería accesible en la forma de una pesada mochila, cargada de normas y prohibiciones. La tradición es un río vivo y

vivificante que recorre la historia y genera vida en los desiertos del mundo. Allí donde el pecado solo genera aridez, el cristianismo ofrece la oportunidad de hacer nuestra esa vida abundante que el Señor nos ha alcanzado con su pasión y con su cruz.

Ciertamente, al considerar la historia de la Iglesia salta a la luz una historia vergonzosa y humillante en la que no ha faltado ningún escándalo. Y, sin embargo, tenemos una profundísima certeza: es la Iglesia de Cristo, la esposa de Cristo. Independiente de nosotros, detrás de nuestras obras, vive Cristo, y no podemos estar cerca de Él si no es permaneciendo en su Iglesia. Es esta Iglesia la que, a pesar de todas las debilidades humanas existentes en ella, nos da a Jesucristo; solamente por medio de ella puedo yo recibirlo como una realidad viva, que tiene que ver conmigo realmente, aquí y ahora. Por eso vale la pena permanecer en la Iglesia, y pedir para ella el don de un nuevo Pentecostés: el milagro de comprensión que se establece entre personas de procedencia y sensibilidad tan diversa (Cf. Ratzinger, *¿Por qué permanezco en la Iglesia?*, p. 78, ss).

Junto a la historia de los errores, existe también en la Iglesia una historia de fe, fuerte e intrépida, que ha dejado sus frutos a través de todos los siglos en grandes figuras como Agustín, Francisco de Asís, Pedro Damiano, Vicente de Paul o Madre Teresa. Los hombres y mujeres que a lo largo de los siglos se han dejado moldear por la fe, cuya vida nos ofrece la auténtica interpretación del evangelio, ponen de manifiesto que la Iglesia requiere, sobre todo, santidad: solo de los santos, solo de Dios, viene la auténtica renovación. También hoy se pueden encontrar personas que son un testimonio viviente de la fuerza liberadora de la fe cristiana (cf. *Íb.*, p. 90, ss).

Finalmente, ¿qué podemos hacer? Vienen a la mente aquellas palabras de santa Teresa: «En este tiempo vinieron a mi noticia los daños... y los estragos... Díome gran fatiga, y como si yo pudiese algo o fuese algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecía que mil vidas quisiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer aquello poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo, y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que podamos a este Señor mío que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese a donde reclinar la cabeza» (*Camino de perfección*, c. I, 2).

«Determiné hacer aquello poquito que estaba a mi alcance: vivir el evangelio con la mayor perfección posible, y ayudar a que estas poquitas que estaban conmigo hiciesen lo mismo» (*Cit.*): a la mayoría de nosotros nos corresponde ponernos, con humildad, en la fila de aquellos que el Papa Francisco llamaba “los santos de la puerta de al lado” (cf. *Gaudete et exultate*, 7-9), creyentes silenciosos o casi sin voz, quienes con toda sencillez realizan la verdadera misión de la Iglesia también en este momento de confusión: la adoración y la paciencia de la vida cotidiana bajo la palabra de Dios (Cf. Ratzinger, *Cit.*, p. 71).

Que la Virgen Inmaculada, Madre de la esperanza, junto a su esposo san José, custodio y patrono de la Iglesia, nos conceda la gracia de una fina fidelidad.

COR AD COR LOQUITUR. Fraternalmente,
Sociedad de san John Henry Newman.